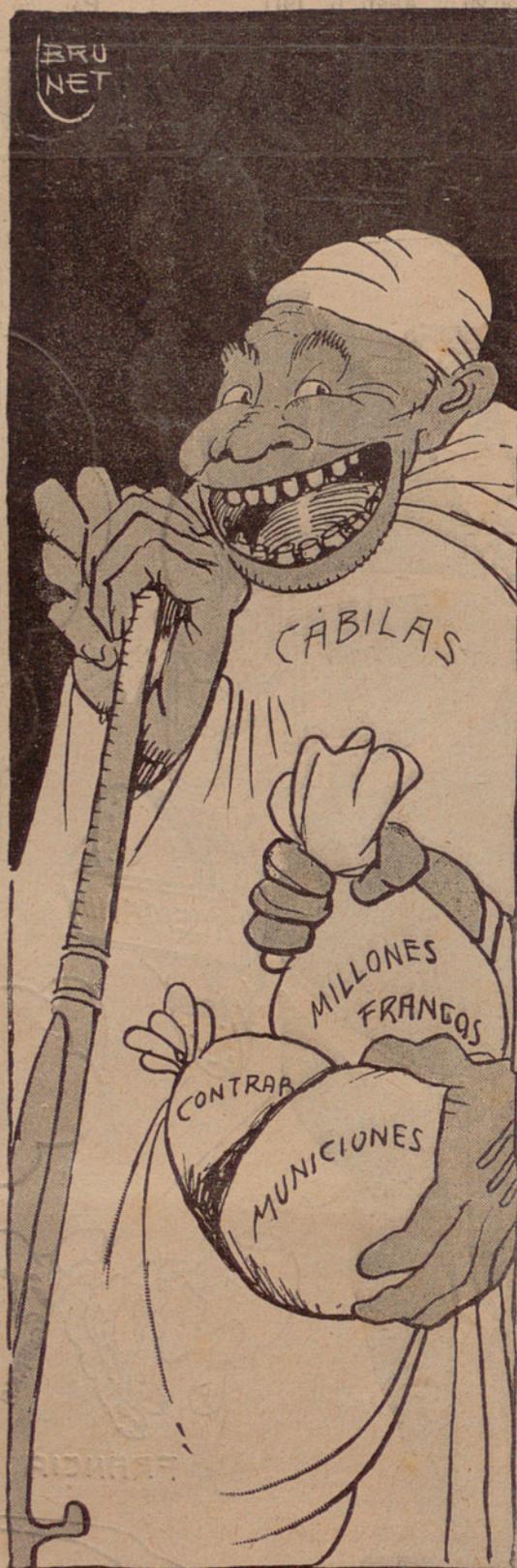


El perrito ladra mucho, mas sus pujos arrogantes acabarán donde quieran los atentos vigilantes.

CHARLA INSUSTANCIAL



Se resuelve la cuestión con los señores morzacos, con una indemnización y unos cuantos garrotazos.

¡Oh, lectora amable! ¡Oh, lector querido! Creed que algunas veces me encuentro aburrido. Creed que es muy molesto, que es mucho trabajo andar con la *Colla* arriba y abajo. Ya es la traída de aguas, ya los presupuestos, ya son los Consumos, los quioscos y puestos; pero es que esa gente no se entrega al ocio y emprende un negocio tras otro negocio. Ya es el tenue Morros que se busca un traje para darse pisto de gran personaje; ya el viejo Marcilla se merece un palo por ser un Cupido más viejo que malo; ya es el tal Herrero que cae en el garlito; ya Santamaría, que es el más bendito; ya es el Serraclara; ya es el Carraté, aunque en estas cosas está hecho un bebé; ya es Miró Tenorio quien nos da barruntos; ya es cualquiera de ellos, ya son todos juntos; pero es, en resumen, mi sino fatal tener á la *Colla* siempre en el telar.

Acaso, lectora, verás con asombro que al señor Vinaixa hasta ahora no nombro; no es porque Vinaixa no merezca sogá; ¡quedó en el tintero á ver si ahoga!

¿No se ha anogado en tinta el señor Lladó? ¿En tintas ó en tintes nadie pereció? Queda, pues Vinaixa, queda en el tintero, pensando en los modos de sacar dinero, que aunque llegue el líquido á la coronilla, de sacarlo á flote tratará Marcilla, que es un hombre práctico en tinta y cerote y sabe las mañas de sacar á flote.

Al final de cuentas se ha torcido el carro, se rompe la bolsa, se sale el cacharro, se enseñan las carnes por los descosidos y los que triunfaban se encuentran perdidos; quiso hacerse el amo el señor Lladó y con el naufragio todo se perdió y, perdido el rumbo, en vano se afana la ya destrozada *Colla de la gana* y, estén separados ó se encuentren juntos, es la hambrienta *Colla*, *Colla* de difuntos; y por avivarla se agitan en vano el jefe supremo y don Emiliano. Con voz compungida les dice Lladó:

—Nos han conocido y esto se acabó.

¡Feliz Alejandro, dichoso teniente, que tienen refugio para un caso urgente, que tienen un circo á orillas del Plata y cuando los echen de esta tierra ingrata, allá habrán de hacerse de muchos doblones, dando al aire libre representaciones. ¡Hace mucho tiempo que sacan dineros, actuando en los circos de titiriteros! ¡No se mueren de hambre con ese resquicio! ¡Tienen un recurso! ¡Sabben un oficio!

Vinaixa, en el cambio de su residencia, deja á Barcelona y se va á Valencia. Será despedido por sus disparates, lanzándole al rostro pimientos, tomates y otros comestibles de la misma clase, que de su fortuna servirán de base, pues que si no acaba roto y hecho trizas, podrá poner tienda de esas hortalizas.

Y mientras que Morros aquí se halle en cueros y Lerroux é Iglesias sean titiriteros y el feliz Vinaixa, que no tiene enmienda viva junto al Turia metido en su tienda, y cuando á los años Marcilla sucumba y pida los votos á larvas de tumba, y Santamaría vuelva á su trabajo y sus compañeros vayan al... badajo, queridos lectores, me pregunto yo: ¿cuál será el destino del señor Lladó?

De tanto desastre, ¿quién lo salvará? Quizás que á su lado le lleve Samá. Y quizás que diga el señor marqués que se vaya á donde no sepan quién es.

De todas mane ras el señor Lladó hace en estos días *le dernier*. ¡Tableau!

Y tomen ejemplo unas y otras gentes de los resultados de los expedientes, cuando no se bus-

can á la conclusión más que alzas y bajas de recaudación.

SOLFANELLO.



Jira campestre con que se obsequió, en Vallvidrera, á las fuerzas de ingenieros de esta ciudad, con motivo del segundo centenario de la creación del Cuerpo.

MUJERES DISPUESTAS

Aquella frase que afirma que por el marido se saca á la mujer tiene mucho de verdad; pero es muy aventurado tomarla en sentido absoluto.

Realmente no se necesita ser un talentazo, cuando vemos á un señor con la camisa sucia, los pantalones con flecos y el chaleco sin botones, para deducir que aquel individuo es poco aseado y que su señora se acuerda tanto de él como del regente de China. Cierto es que el hombre que no es limpio, aunque cada día le vistan de nuevo, siempre irá hecho una calamidad; pero no es menos cierto que á la mujer que es como Dios manda nunca le falta tiempo para echar un vistazo á la ropa de su esposo y encomendar á la aguja que repase los desperfectos que allí sembró el abandono y la negligencia.

Pero como en el mundo no hay nada perfecto, si unas pecan por carta de menos, otras pecan por carta de más, y eso que algunos llaman mujeres *dispuestas* resultan un martirio en muchos casos y van sembrando el

ridículo en torno suyo que es una bendición. Cuántas veces hemos oído decir á amigos y conocidos:

—Es una delicia tener una mujer tan *dispuesta* como la mía. ¿Ve usted ese vestido tan mono que lleva mi niña? Pues se lo ha hecho mi esposa de unos pantalones de su tía, que está en gloria.

Y la pobre criatura está para pegarla un tiro. Otros dicen:

—Mujeres como la mía son una ganga. Con un



Distribución de libretas de la Caja de pensiones para la vejez á los soldados del Cuerpo de ingenieros. El acto verificóse en el patio del Cuartel de Atarazanas.



Los teams «New-Crusaders» (inglés) y «Barcelona», que jugaron el domingo último un partido de foot-ball, en el cual resultó el primero vencedor.

poco de *marro* de café y agua caliente me ha dejado un sombrero que parece recién salido de la tienda. Y el buen señor enseña alborozado á los circunstantes un trozo de fieltro lleno de manchas y verdusco, arrugado, y de forma indefinible.

Pero para *dispuesta* no hay como la mujer de don Próspero, uno de mis compañeros de café y el más feliz de los mortales.

Su señora le plancha la ropa, le pone tapas á los tacones, le vuelve al *revés* las americanas, le saca brillo á las botas con zumo de tomate, le tiñe el bigote, le hace los calcetines, barniza los muebles, hace flores artificiales con las *paperinas* de la tienda, esquila al perro, le lía los pitillos, le corta los callos, compone los relojes, fabrica jaulas para grillos, sabe hacer *cabello de angel*, tiñe las ropas en casa, se sabe de memoria dos actos enteros del *Tenorio*, le cose los expedientes de la oficina, escabecha sardinas, hace parches para los diviesos, echa las cartas, le lee *La Vanguardia* todos los días, hace la *bogada* en casa y le dicta las cartas para el jefe de su departamento.

A lo mejor entra en el café con faz radiante:

—¿Cuánto dirán ustedes que ha costado esta corbatita?... Fíjense ustedes que es una señora corbata...

—Lo menos tres pesetas—decimos nosotros.

—¡Ji! ¡Ji! ¡Ni un céntimo! Me la ha hecho mi señora con las cintas de un dominó que usó mi suegra.

Otras veces nos enseña un chaleco:

—¡Esto sí que es de *fantasia* y de gusto! ¡Vaya un chalequito! Mejor que los de Lacierva.... ¿Cuánto dirán ustedes que vale?....

El más atrevido lo mira con calma, lo palpa, se queda pensativo y exclama:

—No pasa de cuatro duros....

—¡Ji! ¡Ji!—responde don Próspero rojo como la grana de tanta risa—. Pues es el respaldo de una silla de costura de mi mujer. Ella me lo ha hecho.... ¡Si lo que á esa bendita mujer no se le ocurra!...

Claro está que con estas habilidades de su mitad el pobre don Próspero va siempre hecho un esperpento. Pero cualquiera se lo dice. ¡Le ahogaría!

Otras señoras ponen la disposición en hacerse los vestidos y los sombreros en casa; compran el *casco* y en los Encantes cintas y flores y se lanzan orgullosas por esas calles sin sospechar que pregonan que todo aquello es de la propia cosecha. Algunas limitan sus talentos á la cocina.

—No consiste—dicen—que las cosas sean buenas, sino que estén bien presentadas.

Con bacalao y harina hacen conchas de langosta y mariscos; con pulpo y guisantes, calamares rellenos de huevo; con garbanzos cocidos y machacados, unas *cocletas* de gallina; con almidón y azúcar, una crema riquísima; con pan rallado y perejil, sesos á la romana, y con sangre de cordero, riñones al Jerez.



Una de las jugadas más interesantes del partido.

fianza daba nueva vida á su espíritu, la ponía casi alegre, le hacía agradables los infantiles gritos con que Eva alegraba la casa, los trinos con que hacían resonar las bóvedas las canciones de su nuera.

Aquella fragancia de juventud humana que se alzaba á su alrededor, aquella benignidad de la estación naciente la excitaban, le daban la fuerza que momentáneamente dan ciertos licores, el tumultuoso despertar de la vida que sienten algunos enfermos cuando oyen pasar alegres músicas. Y, sin embargo, había cierta amargura en el fondo de todo aquello: la acritud que indefectiblemente nace de los conflictos. Cuando su nuera, al verla tan descolorida entre la faja de sol que atravesaba los cristales de la ventana, dejaba de tatarrear, sobrecogida por el compasivo respeto que inspiran los enfermos á los sanos, y le preguntaba si se encontraba bien, solía contestar doña Clara:

—Sí, Francisca; me encuentro bien. Puedes cantar.

Pero el sordo acento de su voz descubría reprimida irritación y Francisca lo notaba.

—¿Quiere usted que le haga preparar la cama?

—No, no.

—¿Necesita usted algo?

—No, nada.

Se ponía impaciente. Abría las ventanas y ponía los codos en el alféizar, ansiosa de respirar á gusto aire y salud. Otras veces llamaba á Eva, su nieta, que se le echaba encima con la ciega viveza de los niños ebrios de ruido, risueña, con el rostro bermejo de calor, rodeado por abundante cabellera rubia.

—¡Abuelita, abuelita! —gritaba la chiquita, sin enterarse de que con el tropezoñ le hacía daño á la anciana en las rodillas.

Y mientras Eva descansaba, doña Clara gustaba de sumergir sus largos dedos aristocráticos en la vitalidad de aquella cabellera (que exhalaba el aroma natural de la infancia) como en salútilero baño. Por un momento le sentaba bien aquella expansión de ternura; por un momento sentía repercutir en sí misma, procedente de aquellos miembros, aun vibrantes del reciente juego, una sensación de inconsciente júbilo, ó mejor dicho, sentía que en

de sonrisas, de carcajadas locas, de expansiones de alma, de desbordamientos de pasiones.

El cónsul se había retirado discretamente á una pieza contigua. Antonio lloraba. ¿Por qué lloraba? Quizás él mismo no lo sabía.

—Vámonos —dijo doña Genoveva, tomando por un brazo á su hijo, como temerosa de que volvieran á robárselo. Vámonos para casa, para tu casa, tuya, ¿lo entiendes bien?... ¡Ah! yo te juro que ahora no volverán á robarte, que no te volverás á separar de mí... Mira, he podido vivir tantos años después que esos desalmados te arrancaron de mi lado; pero... pero si ahora volviera á perderte, me moriría inmediatamente, porque ya estoy vieja... Ven, vámonos.

Y sin acordarse del cónsul para darle las gracias ni para despedirse de él, se marcharon llevando los dos esposos á Antonio, cada uno por un brazo.

III.

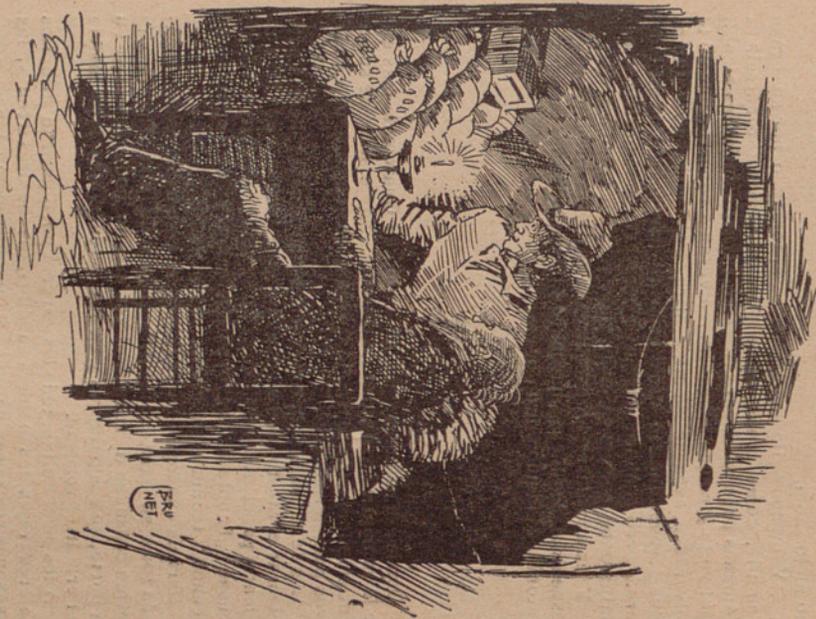
Desde ese momento no se habló en Guatemala más que de la romántica aventura de Antonio. Nadie dudó de su autenticidad; muy al contrario, todos encontraban nuevos motivos para acreditarla.

Los de la Calleja dieron muchas y su tuosas fiestas para celebrar el fausto acontecimiento y en todas ellas hizo excelente papel Antonio, cuya gravedad caballeresca, que acusaba el noble abolengo, su discreción y tino encantaban á cuantos tenían algo que hacer con él.

Parecía que aquel bandido semisalvaje había nacido y pasado toda su existencia entre gentes de alta alcurnia, y el mismo cónsul se admiraba al ver que no podía descubrir en su porte, en sus palabras y en sus actos el más leve indicio del primitivo *cow-boy*.

A los de la Calleja todo les parecía poco para su hijo. Los mejores trajes, los mejores caballos, los mejores trenes, las joyas más ricas eran para él y había una competencia a lo-rible entre don Ricardo y doña Genoveva para hacer amable á Antonio la existencia.

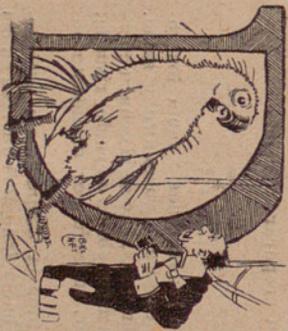
Un día llamó aparte don Ricardo á Antonio y le dijo:
—Tú eres nuestro único heredero. En esta bodega encontrarás la mayor parte de nuestro tesoro, acumulado con



grandes afanes, pero sin privaciones, no para Genoveva ni para mí, que nada teníamos ya que pedir á la suerte, tan

LA CUÑADA

I



oña Clara, ¿yamos bien de salud?

Aquel saludo matutino la hacía sonreír tristemente, porque estaba segura de que la salud la dejaba poco á poco, acaso para siempre.

Trataba de permanecer en pie, de sostener en pie su gran armazón ósea contra la creciente debilidad. Muy fuerte parecía, á pesar de la apretada red de las arrugas, no obstante la hermosa diadema de nieve senil. Además, empezaban entonces las delicias de la primavera, dulcísimas en aquella campiña donde vivía doña Clara hacía tantos años; empezaba entonces el suave calorillo esperado, que así vez la curase. Bastaba contener energía para no ceder á aquella languidez, para no dejarse abatir; bastaría que la brisa nueva le entrara en los pulmones, le acelerara la sangre. Semejante con-

Comer en casa de una señora de estas es un suplicio horrible, porque debajo de aquellas formas seductoras no sabe uno lo que se oculta. A lo mejor está uno saboreando un lenguado al *gratin* y resulta que es un trozo de un refajo de muletón de la señora; se hace usted lenguas del arroz y se está usted tirando al colete unos calcetines á la milanesa, del marido.

¡Son terribles estas mujeres dispuestas!...

FRAY GERUNDIO.

EL PADRE ROSELL

Hoy, cuando ya veo terriblemente cerca las fronteras de la senectud, viene á mi recuerdo este episodio que cambió la orientación de mi vida trazada por mi madre. No contaría diez y ocho años cuando fui expulsado del Seminario; me faltaban cuatro para ordenarme y era de los más aventajados latinistas; lo probé traduciendo á Cicerón y á Plinio. ¿Cómo nació en mí el anhelo de la vida sacerdotal? Lo ignoro. Tal vez mi fantasía—esta fantasía cultivada luego en la carrera literaria—fuese culpable; quizás el esplendor solemne de las ceremonias litúrgicas y el silencio, contrastando con las turbulencias de la vida infantil, guisase mi espíritu á una introspección tras la cual juzgárame místico y asceta. Después de mucho rememorar, hago punto de partida de esta evolución al día que por el obispo de Santiago de Cuba me fué confirmada la gracia bautismal. Mi padrino era notario de la curia y gran amigo de Su Ilustrísima. Fuimos al palacio, en cuyo oratorio verificóse la ceremonia. Luego el señor obispo me obsequió: pastas y licor, un licor muy suave. Sobre sus rodillas yo estuve anonadado largo tiempo. Platicaba con el padrino mientras me acariciaba distraídamente. Yo permanecí silencioso, suspenso el ánimo, sin atreverme á mover los pies, calzados con zapatitos nuevos. Mi vista, resbalando por la amplitud de su sotana morada y grave, llenábase el espíritu de una admiración donde había algo de intranquilidad. Cuando salimos, el señor obispo me impuso una medalla bendita, avalorándola con buenos consejos: "Debía obedecer á mi madre; ser honrado y honesto; seguir el ejemplo del padrino." Desde entonces soñé muchas veces con el obispo; unas, me aparecía revestido de sus ornamentos, la mitra concluyendo su alta figura refulgente; pero las más—aun siendo hombre he soñado con él una vez—, envuelto en la sotana morada, retrepado en el sillón rojo, sobre cuya púrpura



—Diciembre.. Treinta y uno
para ese día será bueno
tener el vientre bien lleno,
ya que es vigilia y ayuno.

profunda era nota grata el albor de su cabellera. Rebuscando en un cofrecillo que guarda menudos objetos, magnificados por el poder evocador de pretéritos instantes de mi vida, he hallado, cuidadosamente doblada, una cuartilla de papel. Al leerla se ha avivado, hasta precisarse en mi imaginación, todo el extraño incidente que voy á narrar. Sin él quizás fuese yo hoy obispo y la majestad de mi sotana obsesión de algún infante visionario. ¡Cuán poco es suficiente para desorientar nuestro destino! Muchas veces, en el transcurso de mi vida artística, pensé hacer al padre Rosell protagonista de una narración; el temor de falsear su espíritu, equívoco y complejo, me detuvo. Era un escrúpulo de conciencia inmerecido por él, artero, cruel y oblicuo en la venganza. El tiempo, perfecto tamizador de recuerdos, habrá borrado de mi memoria los detalles no interesantes, y la figura del padre Rosell surgirá ahora de mis páginas como la veía yo

en aquella época remota y feliz, que no volverá...

El salón de estudio era una habitación cuadrangular muy espaciosa. En toda su longitud se alineaban paralelamente dos filas de pupitres, formando en el centro un callejón por el cual paseaba el vigilante. Estábamos colocados por secciones: los menores de catorce años ocupaban el ala izquierda y los mayores la derecha, alegrada por grandes ventanales que atalayaban el jardín, donde florecían rosas varias y algunos frutales bajo la protección de un ciprés colosal y trágico. Desde el fondo de un cuadro, San Luis Gonzaga presidía con cierta languidez nuestros estudios. Llegada la primavera, ascendían del jardín esluvios fragantes: olor á tierra húmeda y á flores, que apartaba nuestra imaginación de los libros místicos.

Aquella tarde el padre Rosell entró en el estudio demudado. Sobre la sotana percibíase el tremer de sus manos linfáticas y señoriles. Su voz meliflua pronunció con vibraciones de cólera mi nombre:

—¡Señor Celadal!

Yo me alcé medroso, consciente de la causa de su indignación.

—Mire, padre... Yo no he pegado á Rey... Ha sido una broma... Se estaba burlando de mí.

Oculto tras él, Rey me acusaba entre sollozos.

—Me ha pegado, padre..., muchos, muchos golpes... La tienen tomada conmigo.

Aun traté de disculparme; pero su voz, tremolada de cólera, ordenóme salir de plantón. Ya afuera, me pellizcó henchido de saña; un pellizco interminable y creciente, mientras decía:

—Han de escarmentar los mayores... ¡Camarilla de sucios!... Quien se atreva á tocar á un pequeño, sobre todo á Rey, habra de vérselas conmigo.

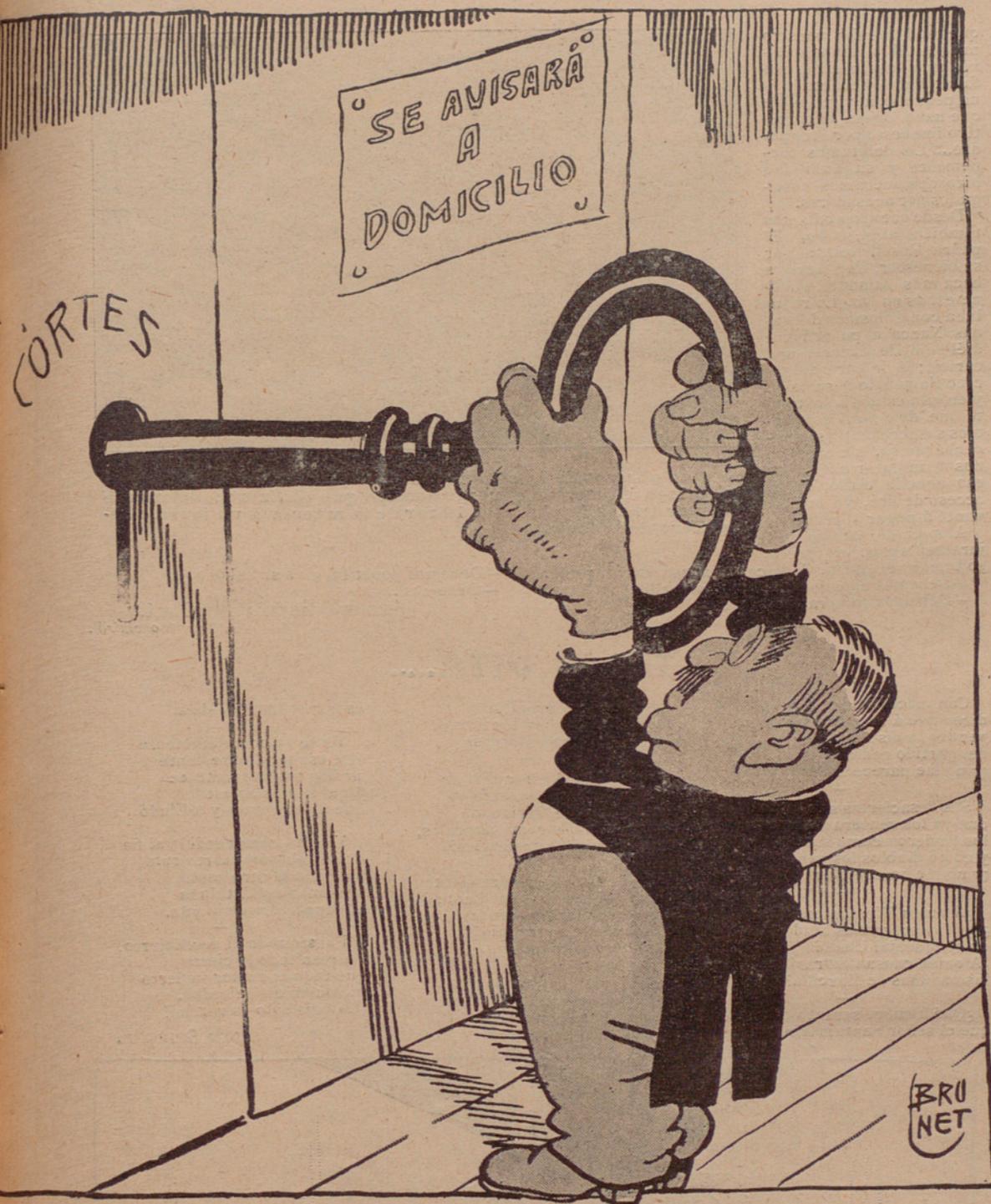
Y salió del salón. El padre Rosell contaba pocos meses de antigüedad en el seminario. Desde el primer día atrajo su persona nuestra extrañeza; del conjunto, casi siempre desaliñado, de los otros padres, destacábase su figura joven, tocada con elegante corrección.

En su sotana, levemente ceñida, jamás veíase el baldón de una mancha; al sentarse, bajo la urdimbre sutil de sus medias, insinuábanse las piernas impúberes; sobre sus zapatos fulgían con perenne esplendor las plateadas hebillas; la tira del cuello mostrábala siempre impoluta; sus mejillas azuleaban todas las mañanas, sin lograr dar envidia á la tonsura de su cabeza, y en un movimiento peculiar para rectificarse la curva de las cejas con los dedos humedecidos ponía algo de coquetería.

El rector había anunciado como gran pedagogo: "Uno de los talentos más claros de nuestra santa Iglesia." Y este concepto no era hipérbolo: el padre Rosell se hizo en escaso tiempo el más admirado de los profesores. Explicaba de modo magistral; la frase obedecía pronta y facilitaba la comprensión con ejemplos— hoy inquiero que algunos sensuales—adueñándose de nuestro interés. Al narrar las vidas de santos animábalas con incidentes pintorescos y nunca su palabra era dura. Hasta cuando decía la epopeya sin sangre de aquellos sombríos penitentes cuyas vidas sublimadas por el cilicio, el flagelo y la abstinencia transcurrieron en la Tebaida, su plática dejaba en nuestros ánimos grata impresión; algo como un recuerdo color rosa.



Y era afable, excesivamente afable y solícito. Pero el hecho del cual nació nuestra antipatía hacia él vino á probarlos la imposibilidad de tener nada oculto á su azul mirada escrutadora. Frontera al Seminario, una huerta extendía su júbilo feraz y algunos educandos mayores descubrimos que la hija del jardinero regaba las hortalizas al declinar la tarde. ¡Cuántas veces, ayudados por unos gemelos, perseguimos la visión lozana y femenina que desaparecía para aparecer de nuevo, ondulándose, semejante á madura fruta lujuriosa, entre los surcos! Declaramos la guerra al padre Rosell. Por única



vez se nos mostró sin hipocresía: solapado, astuto, desposeído de su fingida suavidad. El, exorable para todo, tuvo acentos de indignación.

—¡Indecentes..., ateos!... ¡Daré parte al padre rector!... ¡Mirar á una mujer!... ¡Qué asco..., qué asco!

Nos odió y le odiamos desde entonces. Su penetración descubría siempre en nosotros faltas que castigar. Y sus castigos no eran violentos; no era un golpe, un capirotao impulsivo, como los de aquel P. Juan, á quien por su contextura atlética y por su temperamento sanguíneo llamábamos el Toro;

eran refinados, hijos de una malevolencia sabia, merced á la cual vulneraba los puntos más sensibles al dolor, en la vanidad y en el cuerpo.

Fué una guerra tenaz mantenida en secreto por ambas partes beligerantes. Ninguno pudo sospecharla. Ante todos, él seguía siendo para nosotros afable y solícito. Al pasar lista sabía poner en nuestros nombres inflexiones cariñosas; pero su odio no perdonaba medios de zaherirnos. A nuestras miradas aparecíase exento de todo pecado. Y á pesar de esto, sospechábamos de él algo grave. ¡Oh, su astucia! ¡Con cuánta felina sagacidad nos hacía saber

BRUNET

que no ignoraba nuestro acecho! Al fin, Manolo Barés pudo descubrirle una falta: había levantado a un pequeño, advirtiéndole que nada dijese, el correctivo impuesto por otro padre... Le delatamos torpemente y su habilidad hizo que fuéramos castigados por acusadores.

Desde entonces odiamos también al pequeño. El padre Rosell velaba por su bienestar; Rey tuvo la beca más flamante, el bonete más nuevo. Lo regalaba con golosinas delicadas. Nunca al pasar junto a él dejó de hacerle una caricia; a la hora del recreo llamábalo a su celda y en ella estaban hasta el toque de clase. Y nosotros sospechábamos, sospechábamos, sin atrevernos a intentar nada. Por eso aquella tarde, en un acceso de ira, yo me levanté a pegar al pequeño.

Al salir de estudio nos juramentamos: era preciso

tomar venganza. Cada cual expuso su proyecto.

—Debemos empujarle al bajar al jardín.

—Debemos comprar un veneno.

—Debemos poner fuego á su celda.

—Debemos...

ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ.

(Concluirá).



Los obreros de la colonia Güell á quienes se condecoró el domingo último por el rasgo heroico que realizaron, dejándose cortar trozos de piel para librar de la muerte á un joven compañero de trabajo.

TALIS VITA....

Con muchísima razón dicen que á la conclusión vendrá la disolución del partido radical, ¡y no me parece mal!

Sus desaciertos son tantos, que ya los censuran cuantos los tuvieron como santos y como diablos los ven, ¡y no me parece bien!

¿A quién Vinaixa engañó?
¿Quién esperanzas fundó en el concejal Lladó?
¿A quién causan maravilla las hazañas de Marcilla?

¿Qué hombre sensato creería que el señor Santamaría

fuera en la concejalla más de lo que son los forros en el chaleco de Morros?

¿Y quién sin estar *chit ao* pudiera creer más *templao* al marqués de Marianao, si fué siempre, como ahora es, fiel lerrouxista y marqués?

No es nada de sorprendente que en el famoso expediente al fin vea claro la gente que tan sólo se trabaja por *conso idar la baja*.

Si alguien antaño dudó de la *colla* de Lladó, ya por fin se convenció de que todo su interés

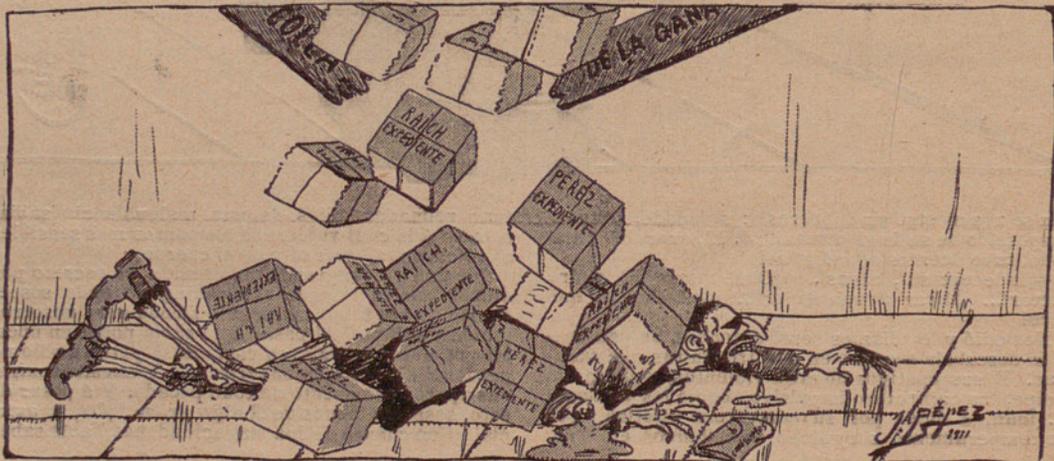
es por el Lladó Vallés.

Ya se ve completamente que ese fatal expediente urdido tan burdamente á nadie más aplastó que á sus gentes y á Lladó.

Y se ha comprendido al fin que es el móvil harto ruin y de uno al otro confin le llaman en Cataluña el expediente de la uña,

Puesto todo al descubierto, ha resultado lo cierto que todo es rumor incierto y calumnia y falsedad. ¡La baja sólo es verdad!

FEDER SPIEGEL.



pródiga en bienes para con nosotros, sino para tí, pues confiábamos en que algún día te encontraríamos; todas las penas y amarguras las hemos soportado con resignación por espacio de más de veinte años.

Don Ricardo enjugó las lágrimas que inundaban su rostro y prosiguió:

—Aquí están las llaves de las cajas. Todo es tuyo; dispón de ello a tu antojo, gástalo como te plazca, arruínalos si tal es tu gusto, que, aunque nos hundas en la miseria, nos consideraremos felices tu madre y yo al pensar que si lo has hecho ha sido para proporcionarte distracciones y placeres.

—Padre—contestó Antonio con voz conmovida—, padre, bien están esas riquezas donde se encuentran y sagradas son para mí. Acepto las llaves porque no tengo derecho de renunciar un don que se me hace con tan franca nobleza y porque rehusarlas sería tanto como desconfiar de mí. Pero las acepto, no para dilapidar ni para disponer de ese tesoro, sino para conservarlo y defenderlo.

Doña Genoveva, que había notado con ojo avizor los movimientos de su esposo, con la curiosidad innata en las mujeres y la suspicacia que en ella se había desarrollado desde el momento del rescate de su hijo, había seguido furtivamente á los dos hasta la bodega y había presenciado toda la escena.

Quando acabó de hablar Antonio, se llegó á él, lo estrechó en sus brazos y le dijo:

—Tu padre ha hablado como quien es y tú le has contestado como lo que eres: ¡un hijo digno de nosotros!

Antonio era el mejor partido que había entonces en Guatemala y no hubo doncella en disponibilidad que no se casase con él ni padres que no procurasen su alianza.

Pero el mancebo se mostraba invulnerable á los dardos del amor.

Doña Genoveva le dijo un día, á quemarropa:

—¿Qué te parecen tus paisanas?

—Hay de todo—contestó Antonio con indiferencia—; algunas muy bellas, otras medianas, otras poco agradadas.

—¿Te gusta alguna particularmente para esposa?—insistió la señora.

—No he pensado en ello, madre mía.

nos la clave de este negocio y de que puedo precipitar un desenlace muy contrario al que usted se propone.

—Me ha llamado usted *Jeronimo* y me alegro, porque entiendo que, así como recuerda usted ese nombre, recordará también todo lo que á él va unido: un brazo hercúleo y un puñal infalible.

El cónsul sintió correr por todo su cuerpo un intenso escalofrío.

—Quiero ser completamente sincero con usted, señor cónsul. Prefiero la vida de hombre honrado á la de pícaro y me propongo continuar en ella, á no ser que usted me obligue á olvidarme momentáneamente de este propósito. Mi deber, el que me ha impuesto usted involuntariamente, el que me he impuesto yo tras maduras reflexiones, es el de representar correctamente el papel de don Antonio de la Calleja, no por conveniencia propia, sino para bien de mis padres, las dos criaturas más nobles que hay sobre la tierra. Yo ignoraba lo que era la conciencia; hoy la conozco y la aprecio en todo lo que vale.

Hizo una pausa, como si luchase consigo mismo, y, bajando la voz, continuó:

—Sepa usted que el individuo aquel... aquel que mató... el último... aquel por quien tuve que huir de Arizona y venir brazo derecho las tres estrellas que usted ha estampado en el mío... Quizás era el verdadero Antonio... De todos modos, yo lo eliminé, yo lo reemplazo y lo reemplazaré dignamente. Conque, así, pues, vea usted qué es lo que más le conviene: si que siga yo siendo don Antonio de la Calleja ó que vuelva á aparecer en mí el *cow-boy*...

Doña Genoveva, impaciente por la tardanza de su hijo, se había bajado del coche y acercado al despacho del cónsul.

—¡Antonio!—exclamó con voz dulce, llamándole.

—¡Allá voy, madre adorada!—contestó Antonio con indefinible ternura.

FEDERICO L. MARTÍNEZ.

—¿No crees que es ya tiempo?

Antonio abrazó tiernamente á su madre y la dijo:

—No, no es tiempo. Tengo tanta hambre atrasada de cariño de padres, que han de pasar muchos años antes de que quede satisfecha. ¿Para qué separarnos, obligándome á forzar casa aparte?

—¡Casa aparte!—exclamó escandalizada doña Genoveva.—¿Y quién piensa en eso? Aquí hay espacio bastante para una familia, aunque sea más numerosa que la de un patriarca. Con tal que nos dejes nuestra alcoba para Ricardo y para mí y nos des dos asientos á tu mesa, tendremos suficiente...

—Madre mía!—repuso Antonio interrumpiendo el discurso con un beso—, mientras tú y yo vivamos en esta casa no habrá más señora que tú.

Doña Genoveva se sintió conmovida ante esa expresión de cariño filial; pero no quedó convencida. Descaba tener un nieto y criarlo y mimarlo, haciéndole objeto de todo el tesoro de cariño que había acumulado y que no podía emplear por completo en Antonio.

—Bueno, ya hablaremos más tarde de eso—murmuró la señora.

IV.

Y Antonio siguió siendo un modelo de hijo y un modelo de caballero.

Y así pasaron varias semanas, hasta completar tres meses.

El cónsul, que había recibido una espléndida recompensa de parte de don Ricardo, no estaba satisfecho aún. Tenía concertado un negocio con Jerónimo y esperaba que Antonio lo realizase por completo, dividiendo las ganancias.

Pero no mostraba impaciencia. Rara vez se presentaba en casa de los de la Calleja y nunca procuró hablar á solas con Antonio.

Sin embargo, ya empezaba á cansarle cierta inquietud la extremada reserva de su cómplice.

Un día pasaba Antonio con doña Genoveva en uno de sus magníficos carruajes.

El cónsul estaba asomado á una de las ventanas de su despacho, los vió venir y, al tenerlos cerca, llamó al joven.

—Don Antonio—le dijo—, perdone usted una palabra sobre un negocio de urgencia. Con permiso, doña Genoveva.

—Usted lo tiene, caballero—contestó la dama.

El coche se había detenido, descendido de él Antonio y entró en casa del cónsul.

—Ya es tiempo de que hablemos seriamente—dijo éste con tono un tanto imperativo.

—Hablemos, pues—le contestó Antonio con gran reposo.

—¿Tiene usted ya las llaves del tesoro?

—Desde hace varias semanas.

—¿Sabe usted á cuánto asciende?

—No me he ocupado de ello.

El cónsul hizo un movimiento de impaciencia y prosiguió:

—Pero ¿puede usted disponer del dinero?

—Como que es absolutamente mío.

—¿Entonces?...

—Entonces ¿qué?

—¿Para cuándo la repartición?

Antonio reflexionó un breve rato y en voz pausada y firme dijo á su cómplice:

—No tengo más que una palabra desde que soy caballero.

La promesa que hizo á usted el pícaro de Jerónimo, sin apellidado, se la cumpliré el honrado don Antonio de la Calleja.

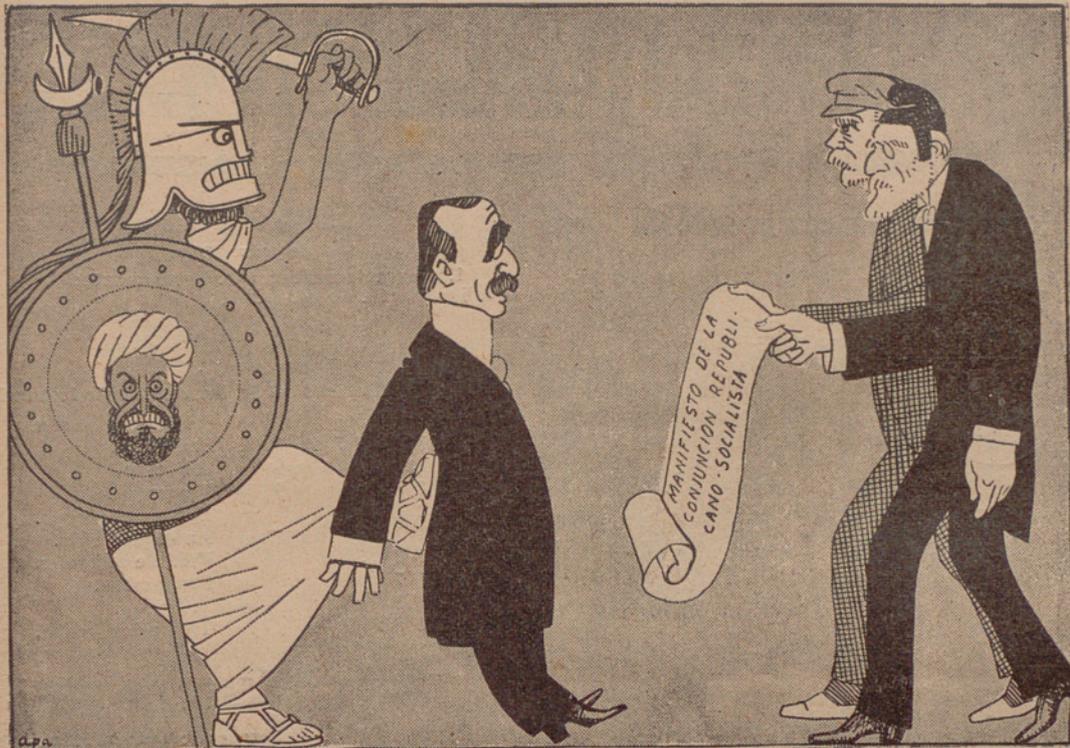
Pero como no hemos estipulado fecha para la repartición, me reservo el derecho de fijarla. Oigame usted bien: mientras vivan mis padres...

—¿Los padres de usted?—preguntó con zumba el cónsul.

—Sí, mis padres—repuso Antonio bajo y firme—; mis padres, los que usted descubrió, los que usted me ha dado. Mientras vivan mis padres no saldrá nada de sus arcas, ni sacado por mí, ni sacado por nadie. Después que ambos mueran de muerte natural, y fíjese usted bien en la significación de estas palabras: *después que ambos mueran de muerte natural*, entonces tenderá usted la mitad de mi fortuna.

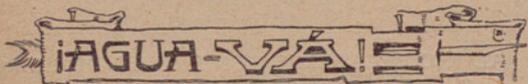
El cónsul le miró con asombro; ese asombro se trocó en desprecio y acabó en amenaza.

—¡Bahl! Jerónimo, usted se olvidó de que tengo en mis ma-



ENTRE LA ESPADA Y LA PARED

—¡Y qué desgraciado soy! ¡Siempre me pasa lo mismo!



El Progreso se felicita de que ni aun con lo referente á la reposición del jefe de Consumos haya habido disidencias en la mayoría lerrouxista del Municipio.

Nosotros también nos felicitamos. Porque á la postre conocerá el pueblo que todos son unos.

Si es esto lo que procura dar á entender *E Progreso* hemos de manifestarle que nos hallamos de acuerdo. "Todos son unos.. Lo son, muchos buscando el dinero, y otros, sí, por no perder la ruin acta que le dieron.

El Correo Catalán ha venido ejerciendo de policía. En virtud de sus denuncias el gobernador ha multado á las Empresas de algunos espectáculos.

¿A que resulta ahora que el órgano de la clerigalla, además de lo de bombear al ridículo R., tiene la misión de ilustrar á la policía con confidencias?

¡Y menos mal que *E Co reo* fuera confidente sin sueldo!

Toda la gente de Iglesia pone el grito en el infierno cuando se trata de cosas en que hay mujeres por medio. Pero encuentra natural (jamás se indigna por ello) vicios antinaturales que son deshonra del sexo.

Lladó y Vallés, el desvergonzado caudillo de la *Colla de la gana*, se está dando á los diablos. La justa reposición del jefe de Consumos—para cuyo

cargo el voraz edil lerrouxista tenía paganos candidatos—le ha sumido en la desesperación. ¡Pobre hambriento!

Lo peor es que el disgusto con él lo están compartiendo dos sastres, cuatro modistas, un *d oguero*, un panadero, cuatro dueños de tabernas, seis ó siete zapateros y otros muchos infelices á quienes Lladó el famélico dió palabra de pagarles en cuanto el Ayuntamiento diera sustituto á Pérez con el *pagano* propuesto.

Sans Cabré, el edil con cara de tonto y hechos de *vo vo*, se ha molestado por unas guasitas que le hicimos acerca de su *gestión* administrativa. Y como "la mona aunque se vista de seda mona se queda," en su exaltación el edil enseñó la oreja, prorrumpiendo contra nosotros las groserías é insultos que él se oía pacientemente cuando era aprendiz de *ca-diraire*. ¡Infeliz! ¡No ve que intentando mostrar una furia de león sólo consigue enseñar la oreja de asno!

Vaya tomando tilita para aplacarse los nervios, pues si por tan poca cosa ahora se le crispan éstos, ¿qué hará cuando le digamos "las verdades del barquero,?"

Según una última nota, los coches que se utilizaron por el Ayuntamiento durante el mes de Agosto de 1910 importaron 4,121'50 pesetas.

A este paso más valiera que el acta de concejal llevara en sí aparejada un coche de propiedad que arrastrara *papaliones* del partido radical.

QUEBRADEROS DE CABEZA

Rompecabezas con premio de libros



Es ta bailarina hallábase en alegre plática con seis admiradores, los cuales desaparecieron de sopetón, ocultándose en diferentes sitios del camerino. ¿Dónde están?

COPA NUMÉRICA

de Antonio Zanini.

(Dedicada a mi amigo Gonzalo García.)

- | | | |
|---------------------|---|----------------------------|
| 1 2 3 4 5 6 7 8 9 0 | = | Avido de algo. |
| 9 7 5 3 0 3 7 9 5 0 | = | Medida meteorológica. |
| 5 7 9 6 5 2 5 6 2 8 | = | Verbal. |
| 9 7 5 5 7 3 0 9 0 | = | Estremecimiento terráqueo. |
| 9 0 3 2 9 7 5 2 | = | Planta. |
| 1 6 7 5 4 2 | = | » |
| 1 2 | = | Verbal. |
| 3 6 | = | Nota. |
| 1 7 | = | Verbal. |
| 4 7 | = | Letra. |
| 6 5 | = | Verbo. |
| 8 6 | = | Negación. |
| 0 1 | = | Exclamación. |
| 0 6 | = | Verbal. |
| 8 0 | = | Negación. |
| 9 7 | = | Planta aromática. |
| 4 2 5 0 3 7 9 5 0 | = | Medida meteorológica. |
| 1 7 5 6 4 7 5 9 0 | = | Nombre de varón. |

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

Artículo-vocal-letra-tiempo de verbo-vocal.

CHARADA RÁPIDA

de Jaime Tolrá.

1.^a, establecimiento; 2.^a, consonante; 3.^a y 4.^a, tejido fuerte. Todo, ciudad.

LETRA NUMÉRICA

por José M. Coll,

(Dedicada al Sr. Dr. del Colegio Instructivo.)

- | | | |
|-------------------|---|-------------------|
| 1 2 3 4 5 6 7 8 9 | = | Nombre de varón. |
| 1 9 3 4 7 6 6 2 | = | Embutido. |
| 1 2 | = | 6 9 = Adjetivo. |
| 1 7 6 | = | 9 = Venus. |
| 1 2 8 9 | = | Parte del cuerpo. |
| 1 7 8 2 | = | En explotación. |
| 1 2 3 | = | Vida de animales. |
| 1 7 | = | Pronombre. |
| 1 5 | = | « |
| 1 2 8 2 | = | Tiempo de verbo. |

SOLUCIONES

(Correspondientes a los quebraderos de cabeza de 15 de Abril.)

A LA CHARADA VELOZ

Ganje.

A LA TARJETA

Andrónica.

AL ROMPECABEZAS CON PREMIO DE LIBROS

En el tronco del árbol de la izquierda aparece una de las muchachas y dos entre los brazos del mozo. Invirtiendo el dibujo vense otras dos muchachas junto a la cabra, otra junto a una de las piernas del mozo, otra próxima a la escalera y la última cerca del árbol pequeño que aparece en el fondo.

AL LOGOGRIFO NUMÉRICO

Fondista.

A LOS ROMBOS

Horma.

Tonga.

AL INTRINGULIS

Reyes tengamos y no los veamos.

Han remido soluciones.—A la charada veloz: María Balasch, Jaime Tolrá, L. Puig, Tomás Riudoms y Miguel Antonés.

A la tarjeta: Jaime Tolrá, Carlos Suñol, Jaime Caritg Forga, L. Puig, Mauricio Botinas y Juan Sistachs.

Al rompecabezas con premio de libros: L. Puig, J. Tolrá, M. Cuiret, A. Güell, A. Antolin, J. y F. Hernández de Barros, M. Poch, Isabel Cros, R. Grau, Rosita Roldán, R. Mutlló (Tarragona), E. Eroles, Delfín de la Torre, A. Manzano, F. Puig, M. Botinas, S. Suñol, J. Gustems, J. Pou (S. Andrés), A. Vilalta, J. Basas, A. Piqué, J. Tor, F. Casanobas, R. Ribas, V. Padró, V. Soriano, Pepita Bataller, B. Coma, J. Bota, J. Caritg, Salud Bonmati, C. Vilaplana, J. Bataller, J. de Bataller, J. de A. Bataller, R. y J. Gallissá, J. M. Kuroki, J. Coll y E. Coll.

Al logogrifo numérico: María Balasch, Jaime Tolrá, Antonio Manzano, Delfín de la Torre, Mariano Poch, E. Eroles, Carlos Suñol, L. Puig, Modesto Monclús y José Eroles.

Al primer rombo: Juan Sistachs, Jaime Tolrá, Delfín de la Torre, E. Eroles, Carlos Suñol, L. Puig y Miguel Puig.

Al segundo rombo: E. Eroles, L. Puig, Miguel Puig, José Torrens y Juan Sistachs.

ANUNCIOS

PIDASE PARA CURAR LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS ELIXIR POLIBROMURADO AMARGÓS

QUE CALMA, REGULARIZA Y FORTIFICA LOS NERVIOS
UNIVERSALMENTE RECOMENDADO POR LOS MÉDICOS MÁS EMINENTES

Su acción es rápida y maravillosa en la EPILEPSIA (mal de Sant Pau), COREA (baile de San Vito),
HISTERISMO, INSOMNIO, CONVULSIONES, VERTIGOS, JAQUECA (migraña),
COQUELUCHE (catarro de los niños), PALPITACIONES DEL CORAZON, TEMBLORES, DELIRIO,
DESVANECIMIENTOS, PERDIDA DE LA MEMORIA, AGITACION NOCTURNA
y toda clase de Accidentes nerviosos.

Farmacia del Dr. AMARGÓS, PLAZA DE SANTA ANA, 9.



EL TORMENTO EN LOS CONVENTOS

~ ~ ~ POR ~ ~ ~

FRAY GERUNDIO

~ ~ ~ ~ ~

Un tomo de 220 páginas, 1 peseta. Se vende en el kiosco *Blanco y Negro*, Rambla de las Flores, frente á la calle Hospital. Por 1'25 se remite certificado á provincias.

DR. CASTELLARNAU

Especialista en **Vías Urinarias**. Tratamientos modernos de efectos rápidos.

Curación radical de la avariosis por el nuevo procedimiento

del **Prof. EHRlich**, fórmula

606

Consulta de 11 á 1 y de 5 á 8. = RAMBLA DEL CENTRO, 11, pral.



Del cortador los excesos
van escamando á las gentes,
que se quedan en los huesos
y no por falta de dientes.